

JILL KRAYE (ed.)

Introducción al humanismo renacentista

Madrid, Cambridge University Press, 1998, 372 p.

Tras una lista de las ilustraciones del libro y un breve sumario curricular de sus colaboradores, se manifiestan en el prefacio (pp. 11-12) los objetivos perseguidos: 1º) facilitar el acceso a algunas facetas fundamentales del humanismo, ofreciendo un tratamiento asequible y monolingüe —esto es, títulos y citas, tanto en latín como en lenguas modernas, se traducen al castellano—, sin mengua de rigor ni de profundidad crítica; 2º) afán de contrarrestar la vertiente estrictamente filológica del humanismo, teniendo en cuenta su dimensión como movimiento cultural e intelectual de amplio horizonte; 3º) inscribir el período en cuestión (desde principios del siglo XIV hasta finales del XVI) en su dinámica histórica, no olvidando sus antecedentes ni sus pervivencias; 4º) subrayar las relaciones entre la cultura neolatina y la vernácula, atendiendo al impacto de los *studia humanitatis* en la literatura en lengua vulgar y especialmente en la italiana y en la hispánica.

La edición española de este volumen, cuyo original en inglés vio la luz en 1996, a cargo de Carlos Clavería, presenta, además, algunas singularidades, manifiestas tanto en la “Nota” (p. 12) como en el “Prólogo a la edición española” (pp. 15-18). En la primera, se señala que los capítulos que el original dedicaba a la cultura anglosajona han sido suplidos por uno —que sabe a poco— dedicado al caso español (cap. 12), al tiempo que en la bibliografía final se han consignado las versiones españolas de las distintas entradas y se ha añadido el nombre de los editores para facilitar labores de búsqueda y localización. Además, se ha preparado para la ocasión un índice de los títulos que aparecen en el texto y una bibliografía selecta en castellano de las obras de los autores citados, atendiendo exclusivamente a las ediciones modernas. Por su parte, en el “Prólogo”, Carlos Clavería destaca las dos vocaciones básicas de los humanistas: la recuperación de la literatura grecolatina y el deseo de erudición literaria, resaltando, asimismo, la importancia y aun la obsesión por la crítica y la fija-



ción de los textos, así como la intención educativa que les guió. Todo ello lo aplica y lo ejemplifica por relación al caso español, haciendo balance del estado actual de la investigación sobre el tema.

El libro despliega a continuación 12 capítulos realizados por especialistas cualificados.

En el cap. 1, “Orígenes del humanismo” (pp. 19-39), Nicholas Mann, director del Warburg Institute, enfatiza la suma de continuidad y renovación que afecta al fenómeno. Analiza, en primer lugar, la etimología y la significación del término *humanismo*, definiendo su sentido (p. 20). Luego, tras pasar revista a los antecedentes medievales, remontándose al renacimiento carolingio y al del siglo XII, se centra en las razones que propiciaron la aparición del humanismo en la Italia del Trecentos, localizando en Padua (con Lovato Lovati y Albertino Mussato), y en menor medida en Verona y Vicenza, los primeros focos del mismo. A ellos añade la corte angevina de Nápoles, testimonio del renacimiento de la cultura griega, y la corte papal de Aviñón, estrechamente vinculada a la corte napolitana, en particular durante el reinado de Roberto I (1309-43). A partir de entonces, y ya en el siglo XV, el humanismo entró en una nueva etapa.

El cap. 2, por Michael D. Reeve (Universidad de Cambridge) se centra en “La erudición clásica” (pp. 41-72), distinguiendo este concepto del más restringido de filología clásica. Tras documentar la expresión *studia humanitatis* en el *Pro Archia* de Cicerón, traducido por Petrarca poco después de 1333, da cuenta de las aportaciones de los humanistas de la segunda mitad del siglo XV en materia de crítica textual, así como en el terreno del comentario académico. En cuanto a los géneros de erudición más discursiva, destaca la labor de Leonardo Bruni en el campo de las biografías, advirtiendo que se vio beneficiado por una gran conquista del humanismo: el retorno del griego a la Europa Occidental. Otra contribución a la erudición clásica se cifra en una mezcla de epigrafía y orgullo local, concretada en el interés por las inscripciones en tumbas, monumentos y objetos varios. El capítulo concluye con una revisión de la controversia esurgida en la época en torno al origen y a las características de la lengua latina (Bruni frente a Flavio Biondo, por ejemplo), seguida de un breve balance de la labor de Lorenzo Valla con sus *Elegantiae* (1441-49).

En el cap. 3, “El libro manuscrito en el Cuatrocientos” (pp. 73-92), Martin Davies (British Library), tras resumir en tres puntos los rasgos distintivos del libro humanístico, constata que el manuscrito (más que el impreso) representó el vehículo de una alianza entre cultura y poder. Dignidades eclesiásticas o se-

culares gustaron de enaltecer su figura con bibliotecas y otras galas de la civilización. La sociedad urbana, altamente cultivada, y el comercio de libros bien organizado favoreció este proceso. Similares condiciones valieron también para el libro impreso, que hizo su entrada en Italia (1464-65) de la mano de los alemanes Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz. Davies calibra la trascendencia de la imprenta en varios sentidos. Por una parte, el incremento de producción facilitaba el acceso a los libros y rebajaba su coste. Por otra, la edición impresa favorecía la uniformidad del texto y facilitaba la práctica de la referencia precisa y sistemática. Sin embargo, la estandarización pronto se percibió como un arma de doble filo, pues a menudo las prisas o la impericia del editor o de los correctores (así como sus posibles manipulaciones) redundaron en la amplia difusión de textos deficientes. El auge de la imprenta, por fin, no representó el ocaso de la copia manuscrita y, a finales del siglo XV, muchos humanistas se vincularon a ella en calidad de autores, editores e incluso como impresores.

El cap. 4, por Kristian Jensen (Bodleian Library), se ocupa de “La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza” (pp. 93-114). Tras parar mientes en la estima social que alcanzó el latín entre la gente instruida y entre las clases dirigentes de Italia, explica que los humanistas arremetieron contra dos aspectos de la gramática escolástica: a) los excesos normativos de obras como el *Doctrinale* de Alexandre de Villedieu (1199); y b) su enfoque teórico, manifiesto, sobre todo, en Martín de Dacia y los *modistas*. Los humanistas, aunque admitían que el uso determina la corrección lingüística, estimaban que el de su propia época carecía de valor normativo; sólo la lengua de los antiguos era aceptable. Urgía, por tanto, extirpar los neologismos medievales y suplantarlos por equivalentes clásicos. Sin embargo, en ese afán de renovación, se enfrentaron a numerosos problemas. Por otra parte, el planteamiento educativo de los humanistas prescribía abandonar pronto la teoría para acceder a la práctica imitativa. Y aquí se toparon con el hecho de que los textos clásicos no estaban graduados según su nivel de dificultad. En consecuencia, no faltaron humanistas dentro y fuera de Italia (como Erasmo) que optaron por confeccionar textos para principiantes en latín, y dejaron a los clásicos para niveles más avanzados. Por fin, tras exponer una nómina de las lecturas clásicas favoritas y detenerse en la polémica erigida, sobre todo en época de Erasmo, contra quienes cifraron en Cicerón el único aval para el uso, Jensen analiza las objeciones que se plantearon al latín humanístico y a sus métodos pedagógicos con la llegada de la Reforma y la proliferación posterior de los colegios jesuíticos.



En el cap. 5, sobre la “La retórica y la dialéctica humanísticas” (pp. 115-36), Peter Mack (Universidad de Warwick) advierte que los humanistas aspiraron al equilibrio entre la elocuencia del discurso y la materia tratada, abogando por la unión de la dialéctica y el saber con la retórica. Se trataba de armonizar la abundancia de palabras (*copia verborum*) con la de ideas (*copia rerum*). Y en esa aplicación conjunta de retórica y dialéctica, más que en hallazgos de relieve ni en grandes reformulaciones, se cifra la mayor contribución del humanismo. Tras especificar los orígenes y las competencias de cada una de estas disciplinas durante el Medievo, el autor resume la aportación de siete nombres prestigiosos que ilustran la actitud de los humanistas al respecto: Antonio Loschi (p. 118), Jorge de Trebisonda (pp. 118-19), Lorenzo Valla (pp. 119-21), Rodolfo Agrícola (pp. 121-23), Desiderio Erasmo (pp. 123-24), Philip Melancthon (pp. 124-25) y Petrus Ramus (pp. 125-26). Y, finalmente, describe la manera en que la retórica y la dialéctica ejercieron su influencia no sólo en la práctica de las aulas, sino más allá de ellas, al propiciar hábitos mentales que operarían ineludiblemente en la creación literaria.

El cap. 6, “Los humanistas y la Biblia” (pp. 137-57), por Alastair Hamilton (Universidad de Amsterdam y Universidad de Leiden), parte de la asunción de que humanistas y escolásticos se formaron bajo unas mismas creencias cristianas; la Biblia era fundamental para ambos. En consecuencia, se pregunta por qué las Escrituras tardaron tanto tiempo en ser abordadas desde la óptica de los *studia humanitatis* y por qué la denominación de humanismo cristiano, en sí misma algo engañosa, sólo se aplica a los últimos años del siglo XV y a los primeros del XVI. En principio, señala el papel mediador de los Padres de la Iglesia en el camino a la Biblia emprendido tardíamente por Petrarca (y por otros en su pos). Ocurre, además, que cuando se enfrentaron a las Escrituras, los humanistas aunque censuraron su desmañado estilo, no obstante las admiraron y nunca las examinaron con la óptica del filólogo. Tal cometido requería el conocimiento de las lenguas en que habían sido escritas: el griego (Nuevo Testamento) y el hebreo y arameo (Antiguo Testamento). De ahí que la fortuna de los estudios bíblicos humanísticos fuera a la par que la reimplantación de estas lenguas como disciplinas académicas. En lo restante, Hamilton revisa la trayectoria del biblismo en la Europa humanística, comenzando por la Italia de fines del Cuatrocientos (desde Ambrosio Traversari a Pico della Mirandola) y acabando pocos años después del Concilio de Trento (1545-63). Destacan las páginas que dedica a la empresa española de la Biblia Políglota Complutense, a la edición del Nuevo Testamento por Erasmo y a la pervivencia del biblismo

en época postridentina, según ilustra la aparición en Amberes (entre 1569 y 1573) de la Biblia Regia o Políglota Real.

En el cap. 7, "El humanismo y los orígenes del pensamiento político moderno" (pp. 159-87), James Hankins (Universidad de Harvard) expone que los humanistas de los siglos XIV y XV no fueron ideólogos ni produjeron ninguna gran obra de filosofía política; sin embargo, articularon una visión laica y totalmente nueva de la sociedad, fundiendo los valores cristianos tradicionales con los del paganismo clásico. De este modo, abonaron el terreno para la revolución del pensamiento social que habría de llegar, ya en el Quinientos, con pensadores como Maquiavelo y Tomás Moro. El primero coincidía en varios puntos con los humanistas italianos precedentes: flexibilidad en cuestiones de lealtad, interés político hacia el individuo, creencia en el modelo ejemplar de la Antigüedad o realismo en la visión política. Sin embargo, se mostró más próximo al populismo y subordinó el mundo de la fe a los intereses de la sociedad civil. En *Il principe* (1513) y en otras obras insistió en que los parámetros que determinan una actuación política exitosa no guardan relación con las normas que inculca la moral tradicional: no todo buen fin se consigue a través de un buen medio, ni todos los buenos medios llevan a un buen fin. Por su parte, Tomás Moro (pp. 183-87) ofreció, con su *Utopía* (1516), la crítica más radical del humanismo escrita por un humanista. Para limpiar la sociedad de hipocresía y corrupción, abogó por la abolición de la propiedad privada y de las jerarquías sociales. Su doctrina, sin embargo, desembocó en una paradoja: los estados no logran una condición óptima hasta que los gobernantes no se conviertan en hombres buenos; pero un gobernante no puede alcanzar la bondad hasta que el estado llegue a la mejor de las constituciones. El ideal humanístico de reforma por la vía educativa habría de fracasar por su desatención a las causas profundas de la injusticia social en el mundo cristiano.

En el cap. 8, "Filólogos y filósofos" (pp. 189-209), Jill Kraye (Warburg Institute) da cuenta de la rivalidad entre los filósofos escolásticos y los filólogos humanistas, al tiempo que advierte que no todos los humanistas despreciaron los textos de los filósofos por ser poco elocuentes; algunos valoraron sus ideas aunque censuraran su forma de expresión. Aristóteles siguió siendo el filósofo que mayor atención recabó, así como sus comentaristas griegos. No obstante, los humanistas también recuperaron y aplicaron otras filosofías de remoto origen: el platonismo, cristianizado por Ficino; el estoicismo (sobre todo a Séneca); el epicureísmo, que se cristianizó solventados algunos de sus presupuestos más polémicos (su defensa del placer, su negación de la Divina Provi-

dencia o su teoría de la inmortalidad del alma); y el escepticismo griego. En una fase inicial, se descubrieron y editaron textos; luego, a finales del siglo XVI o principios del XVII, se asistió a un activo retorno al antiguo sistema filosófico. En el intento de superar los peligros del escepticismo, surgió la figura de Descartes y su filosofía cartesiana.

En el cap. 9, “Artistas y humanistas” (pp. 211-42), Charles Hope y Elizabeth McGrath (Warburg Institute) subrayan la inicial desconexión entre los profesionales de ambos bandos. Los humanistas no se interesaron por las artes plásticas hasta finales del Cuatrocientos. Partían del prejuicio de que los artistas no poseían *ingenium* (talento natural), sino *ars* (habilidad adquirida). Sólo a partir del Quinientos comenzaron a percibir que los restos monumentales ofrecían datos esenciales para el estudio de la civilización clásica. Anteriormente, sólo valoraron en ellos sus inscripciones, su escritura más que su arte. El campo en el que resultó más ostensible la colaboración entre artistas y humanistas fue, en todo caso, el de la iconografía. Por otra parte, fue entre los humanistas del norte de Europa donde el arte de la época recibió mejor acogida, sobre todo cuando se ajustaba a materias edificantes. Erasmo, por ejemplo, reconoció su poder instructor, hasta el punto de admitir que a veces una imagen vale más que las palabras. Muchos humanistas reconocieron luego la utilidad pedagógica del arte y gustaron de los géneros de las *imprese* y de los *emblemas*. En las primeras, la palabra concurría con la imagen para condensar la forma de ser o las aspiraciones de un individuo; en los segundos (cuyo máximo exponente fue Alciato con su obra de 1531), se unían tres elementos: un lema, una imagen y un epigrama moralizador.

El cap. 10, por Anthony Grafton (Universidad de Princeton) versa sobre “La ciencia moderna y la tradición del humanismo” (pp. 243-68) y expone la medida en que en los albores del siglo XVII, los *studia humanitatis* comenzaron a decaer y fueron objeto de pública denuncia. Ya Montaigne había declarado que el pasado no siempre iluminaba el presente. Y dos de sus más devotos seguidores declararon la guerra contra el humanismo. Francis Bacon lo concibió como una enfermedad de la ciencia, pues su excesivo apego al mundo antiguo le había llevado a soslayar los hallazgos contemporáneos de aquellas mentes que elaboraban teorías fundándose en la experiencia (y no en la interpretación de textos). Por su parte, Descartes, el segundo detractor, advirtió que los clásicos discrepaban tanto entre sí que ninguno de sus sistemas garantizaba total certeza. Otros profetas de la ciencia moderna se sumaron a la censura: Galileo, Newton, Leibniz. En consecuencia, si quería sobrevivir, el humanismo

debía adaptarse a los nuevos tiempos. Y así ocurrió. Una vertiente de esa modernización operó en el seno de la enseñanza; otra fue el creciente interés por la exploración del mundo material; y una tercera se impuso en el terreno de la historia. Finalmente, al lado del análisis textual, brotó una nueva rama del saber humanístico, de base igualmente clásica pero de naturaleza más técnica: la ciencia del anticuario. Las antigüedades pasaron a formar parte esencial del conocimiento histórico, enriqueciéndolo y revitalizándolo. La historia seguía con vida, al paso que el humanismo perduraba.

En el cap. 11, “El humanismo y la literatura italiana” (pp. 269-94), Martin L. Laughlin (Universidad de Oxford) examina los caminos que siguió la influencia del primero en la segunda a lo largo de un período que abarca aproximadamente desde Petrarca hasta los tiempos de Lorenzo de’ Medici, esto es, durante la época en la que los *studia humanitatis* presidieron la agenda intelectual de Italia. Estos dos siglos arrancan con el humanismo embrionario de Dante y culminan, en los últimos años del siglo XVI, cuando los humanistas dejan de contribuir al grueso de la creación literaria en italiano, al tiempo que los *studia humanitatis* se institucionalizan incorporándose al sistema universitario. El terreno explorado se ciñe a la literatura italiana escrita por los humanistas o bien inspirada en su sistema de valores. Laughlin se detiene en primer lugar en las contribuciones de Dante, de Petrarca y de Boccaccio, centrándose luego, en el pórtico del Quattrocento, en la figura de Leonardo Bruni y en otros autores que directa o indirectamente se vieron implicados en la disputa iniciada en Italia, en 1435, a propósito de las características del latín hablado en los tiempos clásicos. Tras repasar especialmente las contribuciones de dos de ellos (Matteo Palmieri y Leon Battista Alberti), revisa la posterior generación de autores como Cristoforo Landino, Angelo Poliziano y Lorenzo de’ Medici. Y finalmente, concluye con una síntesis de todo lo expuesto. En suma, “[g]racias a la contribución de destacados humanistas, mantenida a lo largo de los siglos XIV y XV, el *volgare* alcanzó por fin el nivel de reconocimiento que poseían las lenguas clásicas, y la literatura italiana pudo conquistar nuevos géneros, incrementar la variedad de temas y tejer sutiles trasfondos imitativos, todo ello en un ambiente profano que a la postre daría entrada, pasado el 1500, a un medio siglo de oro: la época de Maquiavelo, Castiglione y Ariosto” (p. 294).

En el cap. 12, “Humanismo en España” (pp. 295-330), Alejandro Coroleu (Universidad de Nottingham) parte de la constatación de que los elementos constitutivos del humanismo español tuvieron su fundamento en el ejemplo italiano, por lo que afirma que “[l]a huella de los *studia humanitatis* en la cultura



peninsular no sólo llegó así a la literatura neolatina y a disciplinas característicamente humanísticas como la filología bíblica, sino que también se apreció en su influencia en las letras en vernáculo o en las traducciones de textos clásicos y humanísticos” (p. 295). Tras revisar sumariamente los primeros pasos del humanismo peninsular, tanto en la Corona de Castilla como en la de Aragón (pp. 295-98), el autor se concentra en tres aspectos fundamentales: 1) la enseñanza del latín (pp. 298-305); 2) la filología bíblica y los estudios clásicos (pp. 305-13); 3) la fortuna de Erasmo en España (pp. 313-19). Y, a continuación, atiende a la incidencia del humanismo, tanto italiano como de otros países europeos, en la creación literaria en castellano y en latín de la época, destacando, en su excesiva concisión, la poesía (en sus vertientes de petrarquismo, de bucolismo virgiliano y de horacianismo), la comedia humanística¹, y la neolatina (Maldonado, Petreyo, Palmireno...), la prosa (especialmente los diálogos, las cartas, como *Lazarillo*, y otras formas literarias heredadas directa o indirectamente de Luciano y Apuleyo) y la novela bizantina, con una mención del extraordinario proyecto que fue el *Persiles*.

El volumen acaba, según se apunta en los preliminares, con tres útiles apartados: una selecta “Bibliografía de consulta”, que deja constancia, cuando la hay, de las versiones en castellano de las distintas entradas (pp. 331-43); una útil “Bibliografía española de los autores citados”, donde se apuntan las ediciones más recientes de los autores clásicos, medievales o humanistas consignados (pp. 345-52); y, por fin, un elaborado “Índice onomástico” de autores y títulos (pp. 353-72).

VICENTA BLAY MANZANERA
Universitat de València

¹ A este propósito convendría completar la bibliografía citada, con la aportada por José Luis Canet Vallés en su estudio y edición, *De la comedia humanística al teatro representable [Égloga de la Tragicomedia de Calisto y Melibea, Penitencia de amor, Comedia Thebayda, Comedia Hipólita, Comedia Serafina]*. Serie Textos Teatrales Hispánicos del Siglo XVI, 2 (Valencia, Universitat de València, Universidad de Sevilla, UNED, 1993).